

EL PORVENIR DEL OBRERO

MANIFIESTO

LOS RUSOS ESCLAVOS A LOS HOMBRES LIBRES

¡Hermanos, compañeros, trabajadores, cuantos pensáis y sentís, escuchad!

La duración en lejanas tierras de una guerra fratricida y los horrores del hambre y de la miseria en nuestros hogares, nos han hecho levantar en rebeldía. Por nuestra dignidad de hombres lo hacemos, a la raza humana en general creímos honrar con ello. Ningún mal nos han hecho los japoneses, sólo bienes les deseamos, y no debimos ni debemos pelear contra quienes no nos han ofendido ni provocado. En cambio, nuestros tiranos, los rusos autócratas, que nos llevan a la matanza de gente extraña, nos explotan, nos apalean, nos afrentan, nos destierran, nos azotan, nos martirizan y nos matan. El enemigo de nuestra dignidad, de nuestra libertad y de nuestra vida, es, pues, el infamante régimen que impera en el país de los zares, y contra él y los que lo sostienen nos rebelamos, demostrando que no se han extinguido en la raza eslava, representante en esta cuestión de la inteligencia, la dignidad y el valor de la humanidad entera.

Así, pues, ya que aquél es nuestro estado y éste nuestro deber, decimos, con el puño alto y la frente levantada, que estamos cansados de ser la eterna víctima de las ambiciones, bajas y perversas, de los tiranos de Rusia, y nos presentamos decididos a emanciparnos, por todos los medios, de tanto sufrimiento.

¡Trabajadores, hombres libres que pisáis la tierra, mofados y perseguidos nosotros por esbirros é inquisidores, nos hemos reunido en

plena revolución y en el seno mismo del tirano, para alcanzar simpatías á cambio de contar penas que exasperan y deseos que esperan.

¡He aquí el objeto de este Manifiesto! ¡Por la Rusia, los patriotas del país; por la dignidad del hombre, los cosmopolitas; por la justicia, los que viven en otras naciones, reclamamos plumas, palabras, brazos, hechos!

La hora es propicia. Ha empezado la revolución santa en un pueblo santo; no sabemos cuándo terminará; mas no ignoramos, que sólo puede terminar con la destrucción de una de las partes combatientes. La tiranía ó la libertad, la teocracia ó el pueblo, el zángano ó el productor, y quienes, como nosotros, por dignos tienen la vida en la horca ó en los presidios siberianos, no pueden regatearla al derecho que se defiende en las barricadas. La victoria, pues, será nuestra, porque á ella ofrecemos la existencia; porque la existencia en la esclavitud vale menos que la muerte; porque nadie es más valeroso que el que desea morir antes que vivir en la degradación moral que simboliza el knut, y porque defendemos la justicia humanz.

La solidaridad por la justicia y por el derecho pedimos con la presente alocución á los hombres liberales y generosos, obreros ó intelectuales del mundo entero.

Salud, dignidad y rebeldía.

EL COMITÉ DE ACCIÓN RUSO

En un pueblo ruso el sexto día de Febrero de 1905.

Nueva Providencia

La educación autoritaria, fomentada por religiosos y políticos durante siglos, tiene hondas raíces entre el pueblo.

Todo se espera de lo alto.

El que ya no reza á los dioses, piensa en dirigir súplicas á los gobiernos.

Los trabajadores parlamentarios fían su redención á los jefes de su partido; los otros hablan de la revolución como de un poder extraño y superior á los hombres. Muy pocos parecen haber comprendido las palabras tan repetidas: *la emancipación de los trabajadores ha de ser obra de los trabajadores mismos*

Esperar en dios, en el gobierno actual ó en el venidero, en los jefes ó en la revolución, ¿no es lo mismo, en el fondo? Es haber cambiado el nombre, pero persistiendo en el mismo error.

Error de que ya se burlaban nuestros abuelos con impiedad muy práctica diciendo: «fiate de la virgen y no corras».

Ahora tenemos otra virgen, otro poder sobrenatural á quien confiar lo que no queremos ó no sabemos hacer por nosotros mismos.

Esta nueva providencia es la asociación.

Hay obrero que no ha sentido la necesidad de asociarse, pero que, sin embargo, cree que la asociación ha de venir á sacarle de apuros.

Cuando escasea el trabajo, cuando está mal retribuido, cuando el patrono abusa y atropella, entonces el obrero que no ha tenido tiempo de asociarse, ó que pagando su cuota ha creído haber llenado ya todos sus deberes de compañerismo, exclama, entre indignado y sorprendido: ¿pero qué hace la Sociedad?

Y la Sociedad, efectivamente, no hace nada, porque la Sociedad sin socios, ó con socios inactivos, tanto vale como si no existiera, es como el cañón de Barba Azul.

La asociación es un arma con que los trabajadores, queriendo y sabiéndola manejar,

podrían conseguir muchas cosas; pero si el conocimiento y la voluntad faltan, entonces la asociación no vale más que los dioses antiguos.

Reunidos algunos trabajadores, dispuestos á poner remedio á los males que les agobian, decididos á obrar, pocos ó muchos, constituirán una fuerza; y esta fuerza será tanto más poderosa cuanto mayor sea, no el número de asociados, sino la inteligencia y la energía de que dispongan.

En cambio, muchos hombres asociados para no hacer nada valen menos que uno solo que quiera y sepa hacer algo; porque la fuerza está en la inteligencia y en la voluntad de los hombres, de cada hombre, pero no en la magia de una palabra.

Así á los que preguntan: ¿qué hace la Sociedad?, podríamos responderles preguntando también: ¿y tú, qué haces? ¿qué estás dispuesto á hacer?—Lo que quieras que haga la Sociedad, disponte á realizarlo tu mismo, busca á tus compañeros, conciértate con ellos, llévalos á la Sociedad, donde hallarás á otros, y unidos seréis fuertes y estaréis en camino de lograr vuestros propósitos.

Igualmente podemos hablar de la revolución. En ella está el remedio único decisivo de los males sociales. Pero la revolución no vendrá; los que la desean *habrán de traerla*, tendrán que realizarla ellos mismos. Los que, en lugar de trabajar activamente para revolucionar el mundo, se contentan con *rezar á la diosa Revolución* ¿en qué se diferencian de los antiguos creyentes? Han cambiado la palabra, pero la fé en los ídolos es la misma.

Por ese camino no se vá á ninguna parte.

Los que quieran conseguir algo, los que pretenden remediar algún mal, pongan su actividad en ejercicio, hagan ellos mismos, solos ó acompañados, según las circunstancias, lo que crean que se debe hacer.

No hay otro medio.

Las cosas no se hacen por sí mismas, ni por virtud mágica de palabras más ó menos sonoras.

El creyente que dirige plegarias á su dios pierde el tiempo lastimosamente, igual que el trabajador político que confía en el jefe y que el societario que piensa que la asociación puede hacer algo por sí misma sin el concurso personal y efectivo de los asociados.

Nada debe esperar el obrero de las antiguas ni de las modernas providencias. De quien debe esperarlo todo es de sí mismo, de su propia acción individual ó colectiva, de su actividad sola ó concertada con la actividad de sus compañeros que tengan los mismos intereses y sientan las mismas aspiraciones.

JUAN CUALQUIERA

Biblioteca de

«El Porvenir del Obrero»

Se ha publicado el tercer volumen, conteniendo una notable conferencia de Eliseo Reclus sobre LA ANARQUÍA.

Igual que los anteriores de nuestra Biblioteca, este folleto se vende á 15 céntimos ejemplar. A los corresponsales el 33 por 100 de rebaja.

Los cargadores

El factor de una de las estaciones del camino de hierro Moscou-Kazan, me dijo cierto día que sostuvimos larga conversación, que los braceros que cuidaban de poner los bultos en la báscula, trabajaban 36 horas seguidas sin descansar.

Tenía completa confianza en mi interlocutor, pero costábame dar fé á sus afirmaciones. Creí que se engañaba ó exageraba, ó que yo no comprendía el sentido exacto de sus palabras.

Pero los detalles que me dió después acerca del modo de trabajar de aquellos desgraciados, no me permitieron ya dudar. Me aseguró que en el personal del ferrocarril Moscou-Kazan, había 250 braceros sometidos á tan terrible labor. Forman grupos de cinco hombres y se les paga á razón de 1 rublo, ó de 1 rublo 15 kopecks por mil puds de mercancías cargadas ó descargadas.

Llegan por la mañana, trabajan en la descarga todo el día y la noche siguiente, y luego, al salir el sol, van al muelle de carga y trabajan allí hasta la noche. Así en el espacio de 48 horas, únicamente disponen de una noche para dormir.

Su trabajo consiste en remover bultos que pesan de 7 á 10 puds cada uno. Dos hombres del grupo cargan los fardos sobre las espaldas de los otros tres, que los transportan... En tal trabajo gana cada uno algo menos de un rublo cada 48 horas. Trabajan sin descanso, así los días laborables como los de fiesta y los domingos.

Aquella relación detallada no me permitía dudar; pero deseando comprobarla por mi mismo, fuí un día á los muelles. Allí encontré al factor, á quien declaré que quería comprobar la exactitud de sus palabras.

—Debéis comprender—le dije,—que es una cosa increíble.

Sin contestarme, se volvió hacia una garita que estaba cerca de nosotros.

—Nikita,—gritó,—ven acá.

Salió un obrero de la garita. Era alto, delgado, vestía una blusa desgarrada.

—¿Cuándo empezaste el trabajo?

—¿Cuándo?... Ayer mañana.

—¿Dónde estabas la última noche?

—Aquí, pardiez, para descargar las mercancías.

—¿Cómo! ¿trabajáis también por la noche?—pregunté yo entonces.

—¡Toma! ya lo creo...

—Y hoy, ¿á qué hora llegasteis aquí?

—Pues... por la mañana.

—¿Cuándo dejaréis el trabajo?

—Cuando se nos despache.

Cuatro obreros se acercaron á nosotros. Formaban con el primero un mismo grupo de descargadores. Ninguno llevaba abrigo. Vestían todos blusas desgarradas, á pesar de que marcaba el termómetro veinte grados bajo cero.

Al ver que les interrogaba acerca de los detalles de su existencia, parecieron sorprendidos de que tomase tal interés por las treinta y seis horas de trabajo, pues por su parte aquello les parecía muy sencillo y natural.

En realidad trabajan más de 36 horas, pues por lo menos necesitan media para ir á la estación y volver á su casa, y además, porque muy á menudo, se les hace trabajar un ratito más de lo estipulado. Y por este trabajo espantoso de treinta y siete horas

sin interrupción, reciben 25 rublos al mes, de los cuales hay que deducir el importe de la comida.

—¿Por qué hacéis este trabajo de presidiarios?—les pregunté.

—¿Qué queréis, pues, que hagamos?

—¿Es absolutamente necesario que trabajéis durante 36 horas sin descanso? ¿No podríais arreglaros de modo que quedara un gran espacio de reposo entre las horas de trabajo?

—Se nos imponen tales condiciones.

—¿Por qué las aceptáis?

—¿Por qué?... Es preciso comer. Si uno se queja, ¡jea, fuera! Si uno se retrasa una hora se le ajusta la cuenta. No se apuran por tan poca cosa. Tienen diez solicitudes para cada plaza.

Todos los que me hablaban así eran jóvenes. Solamente uno parecía tener más de cuarenta años. Tenían el rostro demacrado, fatigado, y la mirada apagada de los bebedores. El primero con quien hablé, me admiraba sobre todo por el extraño cansancio que se leía en sus ojos. Le pregunté si había bebido.

—No bebo,—me contestó.

Había contestado sin reflexionar, como contestan siempre á tal pregunta los que no son bebedores.

—Tampoco fumo,—añadió.

—Y los otros, ¿beben?

—Sí, traen aguardiente.

—El oficio es muy duro. Es preciso recobrar las fuerzas,—dijo el de más edad, que estaba ebrio, pero que lo disimulaba perfectamente.

Después de haber hablado con aquellos obreros, me separé de ellos y pasé al muelle de descarga.

Caminando á lo largo de las hileras de bultos, llegué junto á un grupo de hombres que empujaban lentamente un vagón cargado. Cambiar de sitio los vagones, limpiar los muelles y quitar la nieve, son otras tantas faenas que los obreros, por una cláusula de su contrato, deben cumplir gratuitamente.

Los que estaban ahora delante de mí, iban tan haraposos como los primeros. Al ver que se detenían después de haber colocado los vagones en el sitio requerido, me acerqué y preguntéles á qué hora habían empezado á trabajar y á qué hora acabarían.

Me contestaron que trabajan desde las siete, y que acababan de comer. Las necesidades del servicio impidieron, sin duda, que se les despachara antes.

—Y ahora, ¿cuándo os dejarán descansar?

—No lo sabemos... A veces trabajamos hasta las diez.

En aquella contestación, dejaban entrever una especie de altivez por la resistencia que demostraban.

Viendo que me interesaba por ellos y tomándome, sin duda, por el director, me rodearon y muchos hablaban á la vez, exponiéndome sus quejas.

Se lamentaban sobre todo de las pequeñas dimensiones de la sala, donde, después de las fatigas de la jornada y antes de comenzar el trabajo de noche, se les permitía calentarse, y á veces hasta echar un sueño de una hora. Todos protestaban vivamente contra la estrechez de aquel asilo.

—Somos ciento por lo menos, que debemos de amontonarnos allí. Muchos no encuentran ni un rincón en que tenderse... Es verdad que podemos ponernos bajo la cama de tablas, pero es muy estrecho aquello,—decían varias voces descontentas. Venid á verlo vos mismo, está á dos pasos.

Decían la verdad.

Aquellos hombres, que sufrían sin abrigo de pieles un frío de 20 grados, que durante 37 horas se encorvaban bajo cargas de 10 puds, y que, padeciendo hambre, debían esperar que á sus jefes se les ocurriese darles un instante de reposo; aquellos hombres cuya existencia era mucho más pesada que la de las acémilas, se quejaban únicamente

de que se les ofreciera un lugar de descanso demasiado estrecho. Al principio me admiré, pero reflexionando más sobre su triste situación, comprendí cuán atroz debía ser la desesperación de aquellos infortunados, que transidos de frío, extenuados por la intensidad de un trabajo abrumador, deseando reposo y bienestar en una atmósfera templada, sólo encontraban un espacio oscuro, bajo una banqueta, y debían penetrar allí, arrastrándose por el suelo lleno de inmundicias, y una vez dentro acurrucarse en una posición tan incómoda que aumentaba la fatiga de su cuerpo y respirando un aire contaminado que acababa de consumir su vigor.

Entonces, mientras buscaban en vano sueño y reposo, el sufrimiento les revelaba todo el horror de aquel trabajo de 37 horas, que devoraba su existencia. Por tal motivo, la exigüedad de la sala cesaba de ser para ellos una circunstancia relativamente insignificante de su vida mísera, y se convertía, por lo contrario, en la causa principal de su descontento.

Después de haber observado algunos otros grupos é interrogado á algunos obreros más, que repitieron lo dicho por los primeros, volví á mi casa convencido de que el factor no había exagerado los hechos.

Desgraciadamente era verdad que por una corta suma que les da apenas los medios de alimentarse, hombres que se creen libres, se condenan á un trabajo que el amo más cruel, en tiempo de la servidumbre, no había impuesto á sus esclavos. Hasta un cochero de punto se guardaría de someter á él su caballo, pues este vale dinero, y sería insensato abreviar por un trabajo excesivo de 37 horas la vida de tan precioso animal.

LEÓN TOLSTOI

Anarquismos

Tenía un corazón noble y generoso. De su jornal cercenó una parte para la viuda y el huérfano, y su nombre figuró en las listas de suscripción. Unos cuantos céntimos menos con que atender á las diarias necesidades, antojáronsele pequeña cosa comparada con la desgracia inmensa de aquellos á quienes el patíbulo había arrancado un sér querido.

La satisfacción de haber obrado bien tenía muy ufano al pobre hombre.

Un día rugió en medio de la multitud apiñada formidable estruendo, que sembró el espanto y la muerte en derredor.

La taifa asoladora de polizontes husmeó en todas direcciones el rastro del delincuente. Y las cárceles engulleron hombres honrados á granel. Allí, en medio de sus compañeros de trabajo, el pobre diablo purgaba el crimen de haber dado de comer al hambriento, de haber amparado al huérfano y á la viuda, dándoles el auxilio de su miseria.

La compasión y la caridad truecáanse en grave delito que conduce al presidio ó al patíbulo. Lo he aprendido leyendo á Pessina, glosado por un perro de presa del ilustre Cánovas.

En el fondo de la conciencia de aquel á quien para ser bueno no se le ocurrió la consulta previa de ningún tratadista, formóse una nube oscura, negra, horrible, que creció lentamente inyectando en sangre sus antes amortiguados ojos. ¿Quién sabe si el odio á lo anónimo, que le condenaba sin oírle, brotaba en su noble corazón!

Llevado de una curiosidad insaciable, púsose á leer. Periódicos, revistas, libros, nada le bastaba en su ansia por estudiarlo todo, por saberlo todo. Poco á poco formóse en su cerebro un mundo de aspiraciones. Sus ideas y sus sentimientos orientáronse en una dirección constante. Y toda su voluntad convergía maravillosamente hacia la realización de un ideal supremo.

Dió su esfuerzo, su tranquilidad y su dinero para la causa. Acudió siempre donde

acudían los suyos. Olvidóse de sí mismo pensando en los demás.

Orgulloso de su obra, tranquilo en su conciencia, no paró mientes en la realidad que acechaba la presa. Una noche, cuando descansaba en el destartado lecho, soñando tal vez en el amor universal humano, despertáronle bruscamente, sacáronle á la calle medio desnudo y lo encerraron entre cuatro paredes, sin luz, sin aire y sin abrigo.

El castillo de naipes que en su imaginación había levantado el soñador infelice, vino al suelo en un instante. Dió un adiós á los suyos, familia, compañeros, amigos, y pensó que la maldad de los hombres era tan grande, que toda predicación resultaba inútil, toda bondad pernicioso; pensó que solamente el hierro y el fuego, aplicados sin compasión, pondrían término á los dolores de la humanidad.

Filosofías, discursos, libros, parecieron entonces puerilidades de la necesidad. El hierro y el fuego, la destrucción por la destrucción, llegó á imponérsele como una verdad irreductible en virtud de la detención arbitraria, del atropello sin causa, de la violencia sin justicia.

Por esto alguien ha formulado aquel elocuente apotegma:

«Llegan á odiar á fuerza de amar.»

Fué pundonoroso y noble. No se doblegó á las exigencias de la venganza por otros calculada friamente.

Creyó en la inocencia y la defendió valeroso. Indignóse por algo innoble y repugnante que se quería ocultar en el misterio. Hombre de buen temple, luchó en todos los terrenos por el que juzgaba bueno como él. Despreció prejuicios, odios y maldades infames y arrastró impasible todas las fatales consecuencias que sin duda presentía.

Terminada su misión recibió el premio. Desde las alturas del poder, donde toda injusticia tiene su asiento, decretóse su postergación. Arrinconósele sin miramientos, sin contemplaciones; condenósele á la peor de las muertes, la muerte moral.

No cedió. Y al día siguiente el buitre de la reacción pudo gozarse contemplando una víctima más, ensangrentado el rostro, yerto el cuerpo, sin familia, sin compañeros, sin amigos en derredor.

Murió como vivió.

En otros países, en tierras lejanas y en no remotos tiempos, jueces que mandaron al patíbulo hombres inocentes volviéronse locos de pesar.

En esta tierra de la caballería andante, de los Quijotes inmortales, los hombres de honor que defienden sin fruto al inocente acercan á la frente el frío cañón de una pistola y ponen así término á sus dolores.

Estos vivirán siempre en la memoria de todos los hombres de bien; aquéllos ya no viven.

RAUL

¡Pobres hijas!

Hace unos días, leí en un diario de Madrid el relato aterrador de una hija que denuncia á su madre, que la prostituyó por 60 duros.

Por aquellos días, tuve ocasión de apreciar otra especie de venta de hijas. No me atrevo á condenar duramente á esas madres. Esos hechos, no me impresionan tan hondamente que me hagan lanzar toda clase de improperios contra las madres que convierten sus hijas en objetos de alquiler. ¡Hay tantas prostitutas felices y tantas madres honradas afligidas!

Hallábame en un pueblo de la provincia de Jaen, veinte kilómetros separado de la estación más próxima del ferrocarril, á donde fui á visitar un amigo.

Esperaba encontrar en aquel pueblo, donde la miseria no presenta los caracteres aterradoros de otros más industriales, pureza en las costumbres, tranquilidad del espíritu, alejado de los grandes centros donde la fe-

bril lucha por la existencia hace que se industrialice todo, desde los productos de la fábrica ó del campo, hasta los besos y las desnudeces de las jóvenes lanzadas al vértigo de la prostitución.

Gran decepción sufrí. El juego, es industria lucrativa allí y en muchos pueblos de Andalucía. Se alquila un Casino para jugar y se dan por él hasta sesenta y cinco mil pesetas por un año. Por quince días de feria se han pagado en pueblos pequeños dos mil pesetas. Esto es mucho; pero hay algo más.

En el pueblo de referencia, me llevaron á una casucha llena de necesidad. Una vieja escanció vino. Bebieron los cuatro amigos que allí me llevaron; yo no. Una muchacha, de 18 años, entró en la casa sirviendo de juguete á uno de los individuos mientras otro tocaba la guitarra y canturreaba. Los otros tres fuimos simples espectadores de cosas repugnantes.

Luego entró en la casa una mujer de más de cuarenta años de edad. Era la madre de aquella muchacha, que traía una niña, como de doce meses, que al ver á su hija en los brazos de un hombre, exclamó con mucha sencillez y como bromeando:

—¡No presumas de mocita, que tienes aquí una hija que quiere mamar! Tómala, hija.

Y la muchacha tomó la niña y le dió el pecho. En tanto la madre vieja sustituyó á la madre joven.

Todo aquello con tanta naturalidad y sencillez se hacía, que me atreví á hacer varias preguntas, y supe que la madre vieja, además de aquella hija que ya es madre, tiene otra más joven, de quince años, y que la madre y las dos hijas comercian con su cuerpo, como si fueran compañeras de industria, como si por sus venas no corriera la misma sangre.

Tomé en mis brazos la niña chiquita. Me dió mucha lástima de ella. ¡Pobrecilla! Pensé que acaso algún día será carne servida á todo pasto á los hombres, como su madre, su abuela y su tía y tal pensamiento me entristeció.

Dije esto á la madre, y me contestó que sí, que es el sino de la persona; pero lo dijo con mucha frescura, como la cosa más natural del mundo.

En aquel tugurio entraban y salían vecinas, unas niñas y otras ya mujeres, que de nada se espantaban.

Enfrente de la casa, en una hondonada, veía desde mi asiento, por la puerta abierta de la calle, único hueco al exterior que tenía la vivienda, el cementerio, con sepulturas que parecen conejeras. Por una asociación de ideas, pensé que aquellos seres femeninos, prostituidos por el hambre, por la inconsciencia de la vida, no serían menos felices en aquella morada de seres sin vida material que en la suya propia sin vida moral.

Sólo la vieja dueña de la casa, ganó algo: el vino vendido.

Al salir á la calle, mis pulmones respiraron libremente y mis ideas volaron. Yo no sabía cómo explicarme lo que había visto, en un pueblo apartado del mundanal ruido. ¿Es esa la obra del cristianismo? No, es obra del régimen que á todos embrutece: á unos por ociosos y á otros por necesitados.

¡Madres que comercian con sus hijas! ¡Son ellas culpables de ser así, de preferir explotar ellas mismas á sus hijas á que las explote el patrono codicioso ó un marido bestial!

PEDRO CRESPO CALVO

No defendemos una libertad abstracta, puramente teórica, sino la que resulta de la igualdad de condiciones.

El objetivo revolucionario es precisamente la supresión de una libertad, la de explotar á sus semejantes.

El mejor remedio

Hace algunos años, cuando el Czar Nicolás II de Rusia convocó aquel célebre Congreso que se reunió en la Haya para llegar al desarme de los ejércitos y acabar con las guerras, todo el mundo, escepto algunos cándidos, vió de antemano el fracaso de aquellas negociaciones. Su mismo autor, estaba convencido también de la inutilidad del tal Congreso y de los resultados negativos que había de producir, mas con su iniciativa quería engañar á los que se preocupan por la terminación de las guerras.

El sabía, como saben muy bien todos los hombres que se llaman *de Estado*, que es imposible acabar con las guerras mientras no se transforme el modo de funcionar de la sociedad de hoy y desaparezcan esas divisiones artificiales que han establecido los hombres con el nombre de naciones; mas con su iniciativa y dando á la comedia todo el aparato que requería, pensaba cubrir todas sus tiranías, todas las maldades que comete con los súbditos suyos que no quieren someterse á su despótica autoridad, y pasar plaza de hombre de sentimientos humanitarios.

La comedia tuvo el desenlace esperado y previsto declarándose impotentes todos los gobiernos para acabar con las carnicerías de la guerra, que presentaron como un mal necesario é incurable.

Desde aquella fecha se han sucedido nuevas guerras y nuevas carnicerías humanas han enrojecido la Tierra, hasta que le ha tocado el turno al mismo Nicolás II organizador de aquel Congreso, que ha puesto bien de relieve la falsedad de aquellos buenos propósitos que aparentaba, puesto que la guerra ha sido provocada por su ambición, ya que el motivo de ella es el querer apropiarse de una extensión de terreno, la Manchuria, sobre la cual ningún derecho tiene, como tampoco lo tiene su rival el emperador del Japón.

Y allá van miles y miles de hombres á matarse unos á otros por la ambición de los dos tiranos y la guerra se lleva con tal ferocidad por los jefes de ambos ejércitos que se aniquilan unos á otros con crueldad pocas veces igualada. Cada combate de que nos da cuenta el telégrafo horroriza por el número de víctimas que se causan mutuamente. Pocas guerras habrán igualado á esta en crueldad.

Los rusos van de derrota en derrota, pero sus generales declaran que la guerra no acabará hasta que se hayan resarcido de todas las derrotas sufridas y conquistado otra vez el terreno perdido y no parar hasta que hayan elevado sus banderas en la misma capital del imperio japonés. Para ello cuentan con los grandes recursos de hombres y dinero de que puede disponer el gran imperio ruso frente á la pequeñez del Japón. La victoria de Rusia, dicen, es cuestión de tiempo.

Espanta considerar los resultados que se ocasionarían si los generales rusos cumplieran su bravata. Y la cumplirían si el pueblo fuera lo que algunos siglos atrás.

Pero el pueblo no está dispuesto á dejarse matar más para satisfacer el orgullo del autócrata; el pueblo sabe, porque se lo han enseñado la experiencia y las predicaciones de los hombres de corazón, que nada va á ganar con sacrificarse y matarse por su soberano; que éste es el mayor enemigo suyo, el enemigo de su libertad, el que lo esclaviza y lo tiene sometido á una condición inferior, impropia de los tiempos que corremos.

Ha bastado una chispa para encender la inmensa hoguera revolucionaria que hoy se enseñoorea del imperio moscovita. Toda la tempestad de odios tanto tiempo contenidos ha explotado y ya es impotente la fuerza de que dispone el tirano para dominar la revolución.

El déspota se ha rodeado de bayonetas y cañones y ya no se muestra á sus súbditos como antes, triunfante y amenazador. Allí está, escondido cobardemente en Tsarkoieselo, esperando todavía poder dominar

la tempestad que él mismo ha provocado.

Ahora sí que habla de paz; ahora sí que quiere entrar en negociaciones con el Japón para acabar con la guerra, esperando con esto poder engañar otra vez á sus súbditos.

¡Hermosa enseñanza! ¡Notable ejemplo que seguirán todos los pueblos! Lo que no consigue la diplomacia, lo que no pueden hacer los gobiernos, acabar con la guerra, lo hace el pueblo cuando está decidido á ello.

Podrá Nicolás II dominar la revolución, podrá con mentidas promesas de libertad aplacar el pueblo, hoy levantado contra él. Podrá quizás vencer los esfuerzos de los revolucionarios convencidos; podrá lograrlo, aunque todas las trazas son de que no.

Pero los esfuerzos hechos por el pueblo no serán inútiles. Ya que no otra cosa, habrán logrado al menos acabar con las carnicerías de la Manchuria. Esto sólo, ya es un gran resultado.

Muchas madres rusas llorarán la muerte de sus hijos por las tropas del Czar, pero muchas más madres rusas y japonesas hubieran llorado la muerte de sus hijos en el campo de batalla de seguir Nicolás II en sus sueños de victoria.

Y quedará para lo futuro el noble ejemplo dado por el pueblo ruso, y que imitarán otros pueblos, de que contra los horrores de la guerra no hay otro remedio que la revolución, la revolución que acabará un día con todas las causas de los males de la guerra y de los otros males que aquejan hoy á la sociedad.

Extensión Universitaria

D. Pedro Ballester trató el sábado de los *modos de adquirir la propiedad*.

Comenzó negando que el fundamento de la propiedad individual sea el trabajo, como han pretendido modernamente ciertos economistas, cuya opinión desmienten la historia, las leyes y la experiencia.

El trabajo, afirmó el conferenciante, es fuente de la riqueza colectiva, pero no de la propiedad individual, que está precisamente en manos de los que no trabajan.

En los tiempos primitivos, en las primeras sociedades humanas, el egoísmo del más fuerte tendió á procurarse bienestar á costa del prójimo, apoderándose los vencedores de las armas, utensilios, rebaños, tierras y hasta de las personas de los vencidos. Estas usurpaciones, consagradas por la costumbre, pasaron á las leyes, naciendo así el derecho de propiedad.

Luego pasó á tratar de las leyes que actualmente rigen, explicando que la propiedad puede adquirirse por apropiación y por transmisión.

La apropiación puede realizarse sobre cosas que carecen de dueño por su naturaleza, ó que han sido abandonadas. En el primer caso están la caza y la pesca. En el segundo los tesoros ocultos y casi nada más, porque pocas veces se da el caso de que sean abandonadas cosas que tengan utilidad ó valor. Explicó las reglas á que la legislación actual somete la apropiación de animales fieros ó amansados, tesoros y hallazgos en la tierra y en el mar, así como de los bienes del enemigo en tiempo de guerra. Respecto de los inmuebles abandonados no está definido si son apropiables ó si pertenecen al Estado; pero esta discusión se ha hecho inútil desde que todos los bienes están inscritos en el Registro de la propiedad. Declaró también en que condiciones puede adquirirse *por prescripción* la propiedad de las cosas que uno posee.

Hablando otra vez del trabajo, hizo notar que en ningún código figura como medio de adquirir la propiedad, excepto en el de Portugal, que lo incluye secundariamente.

La experiencia nos demuestra, por el contrario, que los que producen la riqueza social son los que menos gozan de ella, puesto que en todas partes los productores, los que trabajan, se ven privados de sus productos

por el capitalismo, cuya última perfección son los *trust*, ó grandes compañías acaparadoras, que perjudican por igual á los que trabajan puesto que reducen los jornales, y á los que consumen, puesto que encarecen los artículos necesarios á la vida, apresurarán, por la misma magnitud de sus abusos, el final de las actuales instituciones económicas.

El señor Ballester continuará explanando el mismo tema en conferencias sucesivas.

**

El sábado no habrá conferencia. Oportunamente se anunciará la que corresponda al día 11 de Marzo.

**

Mr. Martin Schingens, Licenciado en Filosofía y Letras, dará conferencias de perfeccionamiento en la lengua francesa los miércoles de nueve á diez de la noche en el local del Instituto.

Enseñanzas antialcohólicas

Alcoholismo

Es una enfermedad crónica, es decir, durable, debida al uso *habitual* del alcohol.

Ataca á todos los órganos, pero sobre todo al que esté más fatigado y menos resistente. En tal alcohólico es el estómago, en tal otro el hígado, el cerebro, en un tercero el pulmón, ó los nervios...

El alcoholismo se halla muy generalizado, mucho más de lo que se cree comunmente. Toda persona que heba dos ó tres copas al día, tiene muy serias probabilidades de hacerse alcohólico á la larga ó á la corta.

Además, no es necesario emborracharse para alcoholizarse; gran número de alcohólicos *jamás han estado borrachos*. Se creen sobrios y se sorprenderían grandemente si se les declarase su estado.

ECOS Y COMENTARIOS

Este año el carnaval está exaltando terriblemente á los señores curas.

No lo decimos por los que asisten disfrazados á los bailes de máscaras. Estos menos mal; que se diviertan como puedan.

Nos referimos á los que se plantan á la cabecera de los enfermos y les envían al otro mundo antes de tiempo.

Y á los que se enfurecen cuando no les dejan cumplir esa caritativa faena, y se insolentan con las familias, como en el caso que ha hecho público el diario republicano.

Y á los que se empeñan en acompañar á los muertos cuyas familias no gustan de oír berridos clericales en los tristes momentos de la conducción del cadáver.

Algo malo comprenden que hacen estos curas, cuando obligan á las autoridades á que les hagan acompañar por guardias civiles y policías, como si estuviésemos en plena revolución.

**

Otra cosa, también de curas, pero ésta mucho más divertida.

Parece... dicen por ahí... que un curita joven y guapo será castigado con una temporadita de campo—¡valiente castigo! ¡muchos lo quisieran como premio!—en Montetoro, por el grave pecado—¡cuidado que llamar pecado á eso!—de haber... de haber estado de broma con una joven... y es de creer que bonita...

La cosa, por fortuna, no tendrá graves consecuencias.

El curita se repondrá de sus fatigas con la vida higiénica del campo.

La muchacha, pasarán algunos meses y quedará restablecida por completo.—No será más que el susto.

¿Qué sería de la virtud, en estos abominables tiempos, si no existieran los sagrados asilos donde las almas puras, lejos del mundanal ruido, se entregan á la contemplación de las cosas santas y á la meditación de las verdades eternas?

**

De todos modos, vale más que se diviertan con las muchachas. Esto es sano.

Lo repugnante es la caza de herencias, con tormento de enfermos y abusos de confianza y desenlaces funestos... y sordera crónica de las autoridades cuando se trata de...

¿Pero á nosotros qué nos importa cómo viven ni cómo mueren los curas, los beatos y las beatas? ¡El diablo cargue con los unos y con las otras y con los de más allá, por los siglos de los siglos!—Amén.

El grupo «Avenir» de Barcelona anuncia la próxima publicación de un periódico semanal propagador del ideal anarquista. Estará escrito en catalán, pero se insertarán también escritos escogidos en castellano y en francés.

Publicará trabajos literarios, científicos y filosóficos, críticas de arte y de libros recibidos etc.

Costará 10 céntimos. Dirigirse al grupo «Avenir» calle de S. Pablo, número 112, 3.º, Barcelona.

En Bruch (Bohème) nuestro infatigable compañero Sigfrido Nacht ha emprendido la publicación de una revista con el título de *Generalstreik* (Huelga General).

Desea tener cambio con los periódicos anarquistas de todas las lenguas.

PAPEL IMPRESO

El número 160 de *La Revista Blanca*, correspondiente al 15 del actual, publica el siguiente sumario.

Manifiesto, El Comité de acción ruso.—*La necesidad ética del presente*, Pedro Kropotkin.—*Permanencia y finalidad de la revolución en Rusia*, Federico Urales.—*Evolución super-orgánica*, Enrique Lloria.—*Canto á la alegría*, Gabriel d' Annunzio.—*De la huelga general*, Anselmo Lorenzo.—*Crónica científica*, Tarrida del Mármol.—*El derecho del padre*, Enrique Fischer.—*El arte dramático en España*, Angel Cunillera.—*El amor y la ciencia*, José Galtier.—*Rodando por el mundo*, Augusto Recio.

Administración: Cristóbal Bordiu, 1. Madrid.

CORRESPONDENCIA

Reus.—J. V. T. Recibimos folletos y enviamos los que pides, más 25 de *La Anarquía*. Aumentamos paquete. Escribimos. Madrid.—«Revista Blanca». Nos han devuelto de Correos un paquete de 100 ejemplares de *El Patrimonio Universal*, roto y sin dirección, que suponemos era el dirigido á vosotros. Lo Enviamos de nuevo. Caso de recibirlo repetido avisad. Enviamos 100 de *La Anarquía*.

Barcelona.—«Avenir». Enviad 6 ejemplares de vuestra revista dirigidos á nosotros.

Barcelona.—«Juventud Libertaria». Enviamos 100 ejemplares de *La Anarquía*. Escribimos.

Barcelona.—«El Productor». Enviamos 100 ejemplares de *La Anarquía*.

Bilbao.—R. M. Id. 50 id.